

# La historia detrás de un nombre

Eugenio Castaño González (Manizales, 1980)

Doctor en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Ha sido autor de varios artículos académicos nacionales e internacionales, además de algunos libros referidos a la memoria histórica y la historia del mundo del trabajo, euecas2016@gmail.com

Sofi fue de las últimas en llegar al velorio del tío Raúl, luego de asistir a la reunión semanal del Cine Club David Lynch de la universidad. El resto de mis primos y tíos ya estaban allá recibiendo el cuerpo. Con respecto a mamá, y teniendo en cuenta su costumbre de siempre hacerse esperar, podría suceder una de dos: o ya vendría en plena carretera y quizás llegaría en horas de la noche o apenas se estaría arreglando para salir del pueblo. Antes de despedirse, hablé con Sofi largo y tendido sobre sus últimos episodios de insomnio, sobre la última lectura realizada a *Ojos de perro azul* de Gabo en aquella reunión, sobre sus sueños de cineasta surrealista y su esbozo de guion onírico, sobre la realización de un documental de denuncia, sobre mi situación en la casa y los riesgos a los cuales me expongo si las cosas continúan como van hasta ahora. Ella es la única que conoce todos los detalles. También acordamos que yo me quedara con la abuela Carina y, de inmediato, sentí un enorme alivio, lo confieso. En ese instante, yo buscaba una evasiva para no extender más esa charla, no asistir y quedarme en la casa, disfrutar del silencio luego de tantos días de rumores constantes, de cansancio acumulado por el tropel en la universidad y el gas lacrimógeno, sin ninguna noticia alentadora sobre lo sucedido con mis otros compañeros. A decir verdad, tampoco me gusta ese lóbrego ritual de despedida prolongada que caracteriza a los velorios, un pretexto innecesario, obligado y tedioso, creo yo, para restablecer contactos con parientes lejanos, fingir asombro e interés por las historias familiares que he escuchado toda mi vida en boca de otros. Por eso me quedé allí con ella.

El adiós a mi tío Raúl ya lo había hecho a mi manera, abreviado eso sí, pero igualmente genuino, desde mucho antes de la metástasis y su postración definitiva hasta la noticia de su muerte. En cambio, me gusta la idea de quedarme y cuidar

a la abuela Carina por primera vez para dejar de pensar, por un rato, en el caos de afuera. A veces, cuando estoy con ella y me quedo observándola, auscultándola, palpándola, tomándole la presión arterial y la frecuencia cardiaca, me vienen a la mente los recuerdos embotados de la casona del pueblo y un olor a pulpa de café que ingresaba por la ventana de la cocina, a guayaba mezclada con pasto fresco, a tomate de árbol y a leche caliente recién ordeñada, saliendo de una inmensa vasija cerca al fogón. Lo extraño es que la memoria olfativa de ese momento feliz lo copa todo, mientras el resto es una bruma carente de rostros reconocibles. Supongo que es como el despertar repentino de un sueño plácido, ancestral, dulce, del que no se retiene casi nada. Eso no pasa con las pesadillas y, ocasionalmente, ni con los malos recuerdos.

Decidimos ocultarle los detalles dolorosos de la leucemia del tío Raúl. Mejor así, decían. Entre todos acordamos que aquello era lo mejor, tener ese gesto con ella a la hora de aplazarle el duelo hasta donde fuese humanamente posible. Alguien debe quedarse con la abuela, por caridad y, sobre todo, por amor y agradecimiento. Es necesario estar pendiente de sus caprichos, frotar sus pies para calmarle el dolor y la inflamación, llevarle el vaso con agua cada hora, estar atento a los exámenes de rutina, al nivel de oxígeno y a la comida del loro. Me quedo de este lado para inventarle evasivas y pretextos frente a la ausencia del tío Raúl y disfrutar esta casa, tal como está, por fin vacía y tibia, silenciosa, apacible como jamás la percibí desde que me abrieron las puertas para refugiarme y evitar ser sorprendido por los escudrones de la muerte.

Justo a eso me refiero, no se trata ya de un pasado cercano pegado a mi propia sombra como un mal hábito, como cuando salí trágicamente del pueblo hace ya tanto tiempo. Lo sucedido ahora

es una parte inquietante que subsiste conmigo en este sitio, en donde me oculto, para cuidar a mi abuela y no contarle nada sobre el velorio. Por lo regular, en estos casos conviene esperar a que haya, por lo menos, una tensa calma en Villa de Plata y en la universidad. Con frecuencia creo que la abuela Carina conoce, o por lo menos intuye, mucho más de lo que aparenta. A veces, cuando menos lo imagino, ella me observa detenidamente y me pregunta si algo me sucede, si todo está bien con mis estudios y si pronto me graduaré como médico. Yo le respondo que sí, que todo anda de maravilla y sobre rieles, que más pronto que tarde tendrá un “matasanos” en la familia. Ella sospecha que le miento y me arroja una mirada colmada de una ternura capaz de desarmarme y hasta avergonzarme. Pero es también, ahora que lo pienso con detenimiento, una mirada que esconde esperanza.

Ayer, por ejemplo, conversaba con Sofi de los primeros estudiantes exiliados que escaparon de aquella matanza que se desató poco después, de las presuntas reuniones de Alberto, el rector de la universidad. Hablábamos en voz muy baja sobre los rumores en torno a sus vínculos con los escudrones de la muerte y sobre los recaudos en mi rutina de vida, ahora que permanezco acá, en compañía del resto de tíos y primos. A todos nos inquietan las reuniones de los infiltrados, incluyendo a Camilo, con el nazi de Alberto. Eso nos pone los pelos de punta. Algunos aseguran, entre ellos Sofi, que sí, que esas reuniones se han llevado a cabo, aunque, a decir verdad, al resto no nos consta. No es que yo sea precisamente un divulgador de falsos rumores, eso no es cierto, ni siquiera cuando estoy bajo los efectos del tequila. Más bien, es una manera de huir a mis propios fantasmas, de refugiarme y de dar tregua a las responsabilidades y mucho más ahora, atrapado en esta casa gigantesca que a veces me asfixia, especialmente en los últimos días en donde salir, por lo menos para mí, es todo un acto épico.

De pronto, cuando escucha los rumores en voz baja, como cuando se decide ocultarle algo, la abuela nos reprende desde el otro lado del cuarto, con su voz implacable y ronca de fumadora empedernida, negando ser lo suficientemente sorda y senil como para no percatarse de lo que maquinamos disimuladamente. Un gesto de quienes buscamos mantenerla a raya y cuidar su salud, ya bastante deteriorada de por sí. Al fin de cuentas es una historia que se repite, según ella. Así era Raúl

y sus presuntos secretos frente a lo que hacía en la vieja y única imprenta de la casa Koenig and Bauer de la ciudad, desde finales de los setenta. Luego, con los años, todo se fue yendo a la mierda, clausuraron el taller y lo vendieron como si se tratara de chatarra.

Luego vinieron los rumores. Por ejemplo, se dijo que el señor Eusse, dueño del taller, fue asesinado a hachazos por su esposa. Se dijo que la viuda de Eusse decidió cerrar el lugar luego de aquella tragedia. Sin embargo, fue más bien otra cosa, estoy convencido de eso. Todos estaban al tanto del relevo tecnológico, la digitalización y, sobre todo, la represión desatada por los avisos publicados, anunciando las asambleas efectuadas en la universidad y la propaganda del partido la Liga Nacional, paulatinamente exterminado. Ahí empezó a dejar de ser *El Harchero* el tío Raúl, a morirse de a poco, a sentirse inútil, abrumado. En ese entonces empecé a despedirme por adelantado, anticipándome a todo esto del velorio que ya ahora me es tan ajeno. Esa clausura fue un morir lento, una tortuosa derrota y un disimulado mensaje de advertencia, de escarmiento para quienes decidieran prestarle cualquier tipo de servicio a lo que entonces bullía dentro de la universidad y del partido.

Luego se apagó definitivamente aquello que le daba vida a la casa del tío Raúl, colindante con esta. Mentiría si dijera que la vieja imprenta traída de Wurzburg, Alemania, con las letras de visita, de la *A* a la *Z*, imprimiendo viejas ediciones de libros, las notas de los primeros y salvajes brotes de homofobia hace ya tanto, los rancios carteles de futbol celebrando el triunfo de Los Pumas en la casi olvidada final de la Copa Libertadores, además de los avisos de conciertos, fiestas taurinas y asambleas, se silenció antes o después de la música que retumbaba en su casa. Los domingos solía escucharse a Ismael Miranda, el Joe, El Gran Combo y algo de Bobby Cruz, mientras que, a este lado, la abuela escuchaba sus tangos y la música de cuerda. Esa estridencia murió con él y ahora estoy atento para que, incluso, el ruido del cortejo fúnebre destinado a desplazarse hacia la funeraria, ubicada a cuatro cuadras de acá, no traspase el umbral de estas paredes y la abuela no se percate de nada.

Mi tarea consiste en prestar atención a los detalles para cuando desfilen por el frente, aumentar el volumen del televisor o reventarle los tímpanos

con uno de sus tangos preferidos. Su ignorancia de este lado debe seguir imperturbable mientras afuera, en la calle, se oyen ya los pasos de quienes despiden al tío Raúl, antes de arribar al cementerio. Por estos barrios es costumbre despedir a los muertos de este modo curioso, la gente amontonada cargando y despidiendo el ataúd, una última procesión de amigos y parientes por las calles que el difunto recorrió en vida. Mientras, acá adentro, le cambio la sábana a la cama de la abuela Carina, luego le invento una excusa cuando me interroga por el paradero de los demás y se lamenta por el supuesto abandono de mis tíos, además de mamá. Le digo que aún no son las seis de la tarde y todos están trabajando. También le digo que mamá está por llegar del pueblo. Sofi y yo le explicamos igualmente, para consolarla, que el tío Raúl suele visitarla cuando ella se duerme y se refugia en sus sueños. Cuando eso ocurre, ella parece apaciguarse por un par de horas no más. Pero no se crea, a veces la sorprendemos, poco después de las ocho de la noche, negándose a cerrar sus ojos vidriosos y misteriosos, esperando a que él, por fin, cruce el umbral de su cuarto y se acerque para besarle la frente.

Después de fumarse su último tabaco acompañado de un café negro, la abuela se recuesta en la cama y cierra sus ojos dulces. Ya estando afuera, los demás están por desfilas al frente de la casa y detenerse para la última despedida del cortejo fúnebre. Estando en la puerta los veo venir calle abajo, percibiendo el silencio de aquella marea de parientes y amigos que se detienen frente a la puerta, mientras esa imagen del tumulto me evoca otro flujo humano más temible y menos silencioso, apagado por los escuadrones de la muerte. Percibo el olor de las flores que acompaña al cortejo, quizás es jazmín, rosas o margaritas, pero también pueden ser gladiolos.

Más adelante, cuando esa multitud doble la esquina, rumbo al cementerio central, quisiera pensar en los tiempos cuando nada de esto había sucedido, cuando el tío Raúl aún era *El Harchero*, tal como se lo conocía. También quisiera evocar los tiempos cuando le daba vida a la vieja imprenta, armando palabras a ojos cerrados y componiendo diagramaciones con una maravillosa destreza, cuando aparecía en la casa de la abuela los domingos por las mañanas y a tiempo para ponerle sus tangos o algo de Silva y Villalba, cuando salir a las calles de Villa de Plata, para recorrerlas, aún podía ser una fiesta con rasgos tribales.

Pienso en ese instante, junto a la puerta abierta, antes de regresar en mis pasos y cerrar con llave, por si acaso, que mamá finalmente no llegó a tiempo desde el pueblo y quizás la carretera estará taponada o, sencillamente y como es costumbre en ella, dejará todo para mañana. Ojalá llegue, por lo menos, para animar a la abuela y hacerla feliz con su presencia. Por el momento, eso sí, es preferible no interrumpirle su sueño plácido, aunque más tarde habrá que cambiarle el pañal, asearle la cama y afeitarse el bigote que tanto detesta y, según ella, la afea. Por mi parte, cuando despierte más tarde, antes de las seis, le diré que el tío Raúl vino a saludarla mientras estuvo dormida para disimular su ausencia, que fue él quien nos pidió no despertarla y le dio la comida al loro, algo de zanahorias en rodajas y de tomates picados. Sofi también regresará pronto y traerá noticias de lo que ocurre en la ciudad. Además, estoy seguro, me pedirá con aparente tranquilidad y en voz baja al tiempo que observa de reojo en dirección al cuarto de la abuela Carina, evitar cualquier imprudencia hasta que baje la marea y esté a salvo del odio de afuera. Luego sabré si es seguro aventurarme, tarde o temprano, a salir una vez más a la calle o si me veré obligado a ocultarme en alguna otra parte. Así que, si esto último ocurre, será necesario encontrar la forma adecuada de no alarmar a la abuela. También será preciso mentirle, seguramente por boca de Sofi y con la mayor discreción posible, diciéndole que yo la seguiré visitando con frecuencia. Si eso llega a suceder, quizás le expliquen que, para ese entonces, estaré haciendo las prácticas médicas en el pueblo, disfrutando de sus antiguos olores felices, por fin cerquita de mamá, tal como siempre lo quiso. ■



Juan Manuel Echavarría, serie La María, 1998